

HISTORIA CRÍTICA DE LA LITERATURA CHILENA

VOLUMEN III

La era republicana:
La primera modernidad (1870-1920)

Coordinación general
GRÍNOR ROJO

Coordinación del volumen
BERNARDO SUBERCASEAUX



ÍNDICE

| | |
|--|------------|
| PREFACIO | |
| Grínor Rojo | 11 |
| INTRODUCCIÓN | |
| Bernardo Subercaseaux | 15 |
| DIVERSIFICACIÓN SOCIAL Y CULTURAL | |
| Bernardo Subercaseaux | 21 |
| JUAN RAFAEL ALLENDE | |
| Valentina Ascencio Altamirano | 43 |
| VALENTIN LETELIER | |
| Edda Hurtado | 49 |
| Poesía popular impresa a fines del siglo XIX: la lira popular | |
| Pamela Tala Ruiz | 55 |
| <i>Memorias de un perro escritas por su propia pata (1893)</i> de Juan Rafael Allende | |
| Bernardo Subercaseaux | 65 |
| <i>La lucha por la cultura (1895)</i> de Valentin Letelier | |
| Edda Hurtado | 69 |
| <i>Fin de siglo y modernismo (1886-1917)</i> Matias Ayala | 75 |
| RUBÉN DARIO | |
| Carlos Ossandón Buljevic | 89 |
| PEDRO BALMACEDA TORO | |
| Bernardo Subercaseaux | 97 |
| DIEGO DOBLÉ URRUTIA | |
| Naín Nómez | 101 |
| CARLOS PEZOA VÉLIZ | |
| Luis Hachim Lara | 109 |

| | |
|--|-----|
| <i>Esmaltines</i> (1897) de Francisco Contreras Leonel Delgado Aburto | 119 |
| <i>La narrativa en el apogeo y la crisis de la oligarquía tradicional</i> (1870-1920) Grínor Rojo | 125 |
| LUIS ORREGO LUCO Grínor Rojo | 143 |
| <i>Casa grande. Escenas de la vida en Chile</i> (1908) de Luis Orrego Luco Grínor Rojo | 147 |
| AUGUSTO D'HALMAR Jaime Galgani | 153 |
| <i>Juana Lucero</i> (1902) de Augusto d´ Halmar Jaime Galgani | 159 |
| <i>El tapete verde</i> (1910) de Francisco Hederra Bernardo Subercaseaux | 165 |
| <i>Alberto Blest Gana: El mosaico final</i> Laura Janina Hossiason | 169 |
| <i>Pedro Prado y los Diez: torres, álas y pájaros</i> Patricio Lizama A. | 193 |
| <i>Para un mapa intelectual de Chile durante el centenario: 1900-1925</i> Javier Pinedo | 209 |
| Un discurso que hizo época: Sobre la crisis moral de la República (1900), de Enrique Mac-Iver Bernardo Subercaseaux | 227 |
| <i>Sinceridad. Chile íntimo</i> (1910): de Alejandro Venegas (Dr. Valdés Cange) Bernardo Subercaseaux | 233 |
| <i>El Criollismo: problemas y contexto</i> Hugo Bello Maldonado | 239 |
| <i>Mariano Latorre Court: docencia y escritura literaria</i> Hugo Bello Maldonado | 257 |
| <i>Zurzulita</i> (1920) de Mariano Latorre Hugo Bello Maldonado | 263 |
| La configuración del espacio crítico-literario en Chile: Una breve cartografía Darcie Doll Castillo | 271 |

| | |
|--|-----|
| Mujeres escritoras, autoría y profesionalización Darcie Doll Castillo | 287 |
| El teatro chileno de la primera modernidad: 1870-1920 Grínor Rojo | 305 |
| <i>Como en Santiago</i> (escr. 1875; pub. 1881), de Daniel Barros Grez Eduardo Thomas Dublé | 321 |

PREFACIO

Grínor Rojo

El presupuesto de este tercer volumen de nuestra *Historia crítica de la literatura chilena* es el que afirma que la modernidad de nuestra historia social y cultural y, por lo tanto, la modernidad de nuestra historia literaria, se hizo presente con una fortaleza respetable no en el siglo XX sino antes, a partir del último tercio del siglo XIX. La remodelación de Santiago que, siguiendo el patrón haussmaniano, emprende Benjamín Vicuña Mackenna en 1872 podría considerarse como el punto de arranque del período y la elección de Arturo Alessandri Palma, en 1920, como el de llegada. En el medio tiene lugar el crecimiento geográfico del país, el posterior a la Guerra del Pacífico y a la mal llamada Pacificación de la Araucanía, hasta dar con el avance sobre la Patagonia e incluso, en 1887-88, con la colonización de Rapa Nui (¡Chile país colonialista!). Todo ello dentro de un paisaje humano que se caracteriza por la abundancia de los pocos y la pobreza de los muchos. En el marco político de la República Parlamentaria, en los palacios de la oligarquía (Darío *dixit*) brilla la riqueza, la generada sobre todo por la industria salitrera y las expansiones territoriales hacia el sur. El liberalismo progresista, el anarquismo y el socialismo de los sectores obreros, el feminismo, que se extiende horizontalmente, por todo el territorio, y verticalmente, a través de las diversas clases sociales, y unos grupos medios que aumentan en número y en avidez, proporcionan las líneas más gruesas del entramado social. Y, específicamente, en lo que a la literatura concierne, asistimos al advenimiento de «lo literario» en sentido estricto, según hoy lo conocemos, es decir al empleo artístico del lenguaje. Hitos de la literatura del período son la aparición del Modernismo, un desarrollo significativo de la producción narrativa y del teatro y una literatura ensayística, literaria y no literaria, de calidad.

Rubén Darío vive en Chile entre 1886 y 1889 y fue en Chile, según él mismo lo declaró alguna vez, donde inventó el Modernismo. La lección dariana se demoró sin embargo en imponerse localmente, y fueron así los poetas chilenos de comienzos del siglo XX, entre los que las figuras mayores son Carlos Pezoa Véliz y Pedro Prado, los que se apropiaron de ella, pero transculturándola, achilenándola. En narrativa,

un Alberto Blest Gana tardío está escribiendo en París sus últimas novelas, cargadas de pasión y de nostalgia, en tanto que en Santiago, con entonaciones que difieren, se destacan la voces de Baldomero Lillo, Luis Orrego Luco, Augusto D'Halmar, Joaquín Edwards Bello, Eduardo Barrios y varios más. Una docena de salas en la última década del siglo XIX, desde el aristocrático Teatro Municipal a los plebeyos Politeama y Romea y a las filarmónicas obreras, dan testimonio de un auge teatral en plena ebullición y de una creciente pléyade de dramaturgos, entre los cuales las puntas de lanza son Antonio Acevedo Hernández y un poco más tarde Armando Moock. Entre tanto, el ensayo literario intenta desentrañar las novedades y procedimientos del realismo zolesco, como ocurre en los casos de Alejandro Fuenzalida Grandón y Pedro Balmaceda Toro. No menos importante es el ensayo social y político de la «crisis», el de Alberto Edwards, Francisco Antonio Encina, Valentín Letelier, Enrique Mac-Iver, Alejandro Venegas, Tancredo Pinochet Le-Brun y Luis Emilio Recabarren.

También hemos procurado dar cuenta en este volumen de la lira popular, la crítica literaria de mujeres, la novelística de provincia. Bernardo Subercaseaux, que lo coordinó, anuncia que el lector se va a encontrar en él con la cara de «un nuevo Chile», el que se distancia del «*vecindario decente*» (la cursiva es suya), o sea del que conforma el contexto histórico previo, el que dio origen a la cultura del período de la Independencia y la formación del Estado nacional. El Chile de la vuelta del siglo es ya un Chile moderno, si bien con las limitaciones con que la modernidad se instaló en América Latina y muchas de las cuales perduran hasta hoy.

Como en los dos volúmenes anteriores, en este tercero justificamos el calificativo en la expresión historia «crítica» en por lo menos tres sentidos: el de la absoluta independencia de nuestros juicios, el de la revisión del canon existente con una mirada que no es arqueológica sino actual, y que por lo mismo es capaz de leer el pasado sin violentarlo pero resignificándolo, y en el de la incorporación hasta donde ello nos ha sido posible de la diversidad chilena, étnica, geográfica, genérica. No hemos logrado todo lo que nos propusimos, es verdad, y podrá pedírse nos que rindamos cuenta por nuestras insuficiencias, pero lo que los dieciséis contribuyentes al volumen sí han hecho es pensar, de todos modos, con el ánimo innovador que nos propusimos que fuese el de la colección.

Queremos, lo hemos dicho antes y lo repetimos ahora, que nos lea un público culto, pero no o no necesariamente un público de especialistas. También consideramos que este libro debiera ser útil en las salas de clase, en los últimos cursos de la secundaria y en los de la universidad, pero sin que eso lo reduzca a su potencial pedagógico. La literatura existe para todo aquel que pueda y quiera leerla y disfrutarla. Esta historia estará disponible para todo aquel que desee agregarles a esas lecturas que ya habrá hecho una capa más honda de significado.

En el capítulo de los agradecimientos, ellos deben ir en primer término a los colaboradores y al coordinador del volumen. También a LOM Ediciones, cómplice nuestro en esta aventura, y sobre todo a Silvia Aguilera, que nos alienta y nos apura. Para Osvaldo Carvajal, que preparó la edición con esmero, y para todos los colegas del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile, auspiciadores sin reservas del proyecto. Finalmente, por cierto, para la mejor de las secretarías, Marieta Alarcón.

INTRODUCCIÓN

Bernardo Subercaseaux

1. Un nuevo escenario

Considerando el fin de siglo como un período que va desde 1880 hasta la primera década del siglo XX, con una población que oscila entre los dos y medio y tres millones de habitantes, el país se presenta como *otro Chile*, con nuevos actores y núcleos sociales, con una emergencia de capas medias y de pueblo real (frente al concepto de «pueblo ideal de individuos juntantes» de Bilbao y Lastarria), con una oligarquía plutocratizada, con nuevos problemas y con una nueva mentalidad. Si bien el régimen parlamentario instalado luego de la guerra civil del 91 fue fundamentalmente un régimen oligárquico y de fronda –y por lo tanto el espacio de negociación y compromiso estuvo en gran medida limitado a la aristocracia–, no es menos cierto que los principios liberales operantes facilitaron la presencia de los nuevos actores sociales, permitiendo su expresividad a nivel de la sociedad civil. Esto es particularmente perceptible en el ámbito comunicativo: 1890-1900 fue una década floreciente en la creación de diarios y periódicos. Hasta los pueblos más recónditos tenían un periódico político, comercial o literario.

En el plano social se asiste a una transformación de la aristocracia en una plutocracia con pérdida de valores tradicionales, a una creciente relevancia de sectores medios y populares. El nuevo escenario y los sectores sociales emergentes afectan todo el campo político, generando cambios que se expresan en el surgimiento de nuevas tendencias y partidos, en el reacomodo interno y externo de los partidos históricos y en una modalidad diferente de vinculación entre lo social y lo político.

Documentos de fin de siglo atestiguan que, tanto en las ciudades como en la pampa salitrera, los trabajadores debieron soportar jornadas laborales abusivas y condiciones miserables de vivienda, higiene, alimentación y trato. En este marco de pobreza, las grandes ciudades se convirtieron rápidamente en urbes darwinianas, cruzadas por el afán de subsistir y por el ocio y el despilfarro; por un profundo abismo social y cultural que separaba el mundo del conventillo de

aquel de las mansiones y de la *belle époque* criolla. Mientras para unos la última década fue una etapa de vejámenes, enfermedades y miserias, para otros fue una época de ostentación, elegancia y afrancesamiento exhibidos en el Municipal y en los grandes bailes, una época sin pobreza ni inquietudes, una época de existencia plácida, aunque un poco pagana.

A partir de 1880 el país experimenta un acelerado proceso de modernización en diversos planos, el cual está estrechamente vinculado a la expansión mundial del mercado capitalista y a su incorporación a la economía chilena. A este proceso concurren transformaciones económicas, sociales y políticas. La Guerra del Pacífico (1879-1884) permitió a Chile ocupar las provincias de Antofagasta y Tarapacá, región de alrededor de 180.000 km² y cuna de la naciente industria salitrera. El funcionamiento de las *oficinas* (lugares de extracción y procesamiento del caliche) existentes y la creación de otras nuevas se tradujo en numerosos núcleos de población en la pampa salitrera y en puertos de la costa, así como también en una extensa red de comunicación destinada a facilitar la exportación del salitre y aprovisionar, por un lado, de insumos y bienes de capital a las oficinas y, por otro, de bienes de consumo a la población.

En suma, la expansión de la industria salitrera en el norte grande significó un extraordinario aumento de la actividad productiva regional, también un notable incremento de la ocupación, la masa asalariada y la población; además, la creación de una infraestructura urbana y de transportes a lo largo de una franja de 750 km de desierto. Todo ello contribuyó a generar un volumen muy importante de ingresos públicos y privados, nacionales y extranjeros. Lejos de constituir un enclave aislado que inhibió la expansión del capitalismo en Chile, el salitre fue un factor fundamental en su desarrollo, florecimiento y modernización; por cierto, con sectores que se beneficiaron y otros que, habiendo migrado del campo a la ciudad o a la pampa, se sumieron en condiciones laborales abusivas y miserables en términos de vivienda y conventillos.

El hacinamiento, la mortalidad infantil, las condiciones de vida y trabajo de gran parte de la población urbana motivaron la preocupación de la élite por lo que entonces se llamó «la cuestión social». La situación de los trabajadores generó también un contexto propicio a la tematización del conflicto entre el capital y el trabajo, al surgimiento de las más diversas organizaciones populares y a la apropiación de idearios afines a sus reivindicaciones: socialismo utópico, anarquismo, socialismo revolucionario, socialismo de Estado y socialismo democrático. Desde la década de 1880 se generalizaron las mutuales o sociedades de socorros mutuos y también las mancomunales. Las primeras, fomentaban el ahorro y asistían a sus miembros en caso de enfermedad o muerte. Las segundas, además de socorrer a sus asociados, llevaban a cabo labores formativas y los

organizaban para defenderse «de los patrones». En 1900, solo en Santiago había más de 100 sociedades obreras, algunas de las cuales agrupaban exclusivamente a mujeres.

Hacia 1900 la capital, con cerca de 300.000 habitantes, está convertida frente a la modorra decimonónica en una ciudad en vías de ser moderna, con cerca de veinte plazas y siete parques, con carros tirados por posta, con palacios de corte neoclásico o morisco pero, a la vez, con arrabales y ranchos; con acequias que todavía (hasta 1908) atraviesan la ciudad en varias direcciones y que son aseadas una vez cada tres meses; con siete teatros que se ubican entre el Cerro Santa Lucía, la Alameda de las Delicias, el Mapocho y la calle Brasil; con una *belle époque* criolla, con artesanos y empleados públicos que asisten a la zarzuela y con gañanes y peones que deambulan por los mercados y fondas próximos a la Estación Central y al río Mapocho. Detectar un nuevo escenario en el país significa concebir el fin de siglo como un momento de cambio y como una etapa clave dentro de un proceso de una modernización con grandes contradicciones sociales, las que irán aumentando en las primeras décadas del siglo XX.

Estas transformaciones y la diversidad de la condición social va acompañada en el *entresiglos* por una diversidad cultural (de conocimientos, creencias, tradiciones, usos, costumbres y lenguajes). La ópera, la zarzuela y la lira popular fueron, entonces, tres circuitos culturales que respondieron a constelaciones sociales y a ideales de vida distintos, pero también a lógicas de producción y de consumo diferentes. Alta cultura y exhibición de pertenencia social; cultura de masas incipiente y entretención; cultura popular y expresividad de las propias condiciones de vida, conforman tres espacios que en la época carecían prácticamente de conexión. Es posible, sin embargo, inferir la existencia de un vínculo al menos geográfico que los relacionaba entre sí y con el nuevo escenario en que tales espacios fueron posibles. Se trata de un Santiago o de otras cabeceras de provincia que a fin de siglo son ya un cosmos completo, instancias urbanas que poco a poco empiezan a intermediar entre los diversos estratos sociales.

Paralelamente a los cambios de la estratificación y movilidad social mencionados, se destacan cambios y avances cuantitativos y cualitativos en la educación. La educación formal fue un instrumento de racionalización de la vida privada y pública, así como también una importante vía para expandir el sentimiento de pertenencia nacional. Pero fue, a la vez, un espacio polémico en que poco a poco, en una ardua y larga pugna con el clericalismo, se fue imponiendo el Estado docente y la educación pública. Educación que en el período que nos ocupa operó como la principal instancia de secularización de los mundos simbólicos, propugnando la profesionalidad a través de formas de conocimiento relativamente independientes entre sí. La educación fue también un agente básico en la creación de una mentalidad moderna. Al mismo tiempo que reforzó la estructura social, la fue transformando.

La educación y la lucha por la cultura fueron para ensayistas como Valentín Letelier tanto o más importante que la lucha propiamente política. Se trataba de una pugna por la secularización de la sociedad; por franquear los límites culturales provenientes de la Colonia; por sustraerla al dominio de las instituciones y credos religiosos y por incorporarla al ámbito de la ciencia y de la razón instrumental. Se trataba también de integrar como *ciudadanos* a los sectores sociales emergentes, evitando así futuras convulsiones. En definitiva, fue una pugna por la modernización en función de un proyecto ilustrado positivista que concebía a la enseñanza y a la cultura secular y científica como su fuerza motriz.

2. Crisis de fin de siglo

La proximidad del año 1900, y del primer centenario de la República en 1910, estimuló un ejercicio de revisión y balance, de proyección y diseño, de calce y descalce (entre la utopía fundacional y lo que había ocurrido a lo largo de un siglo). En periódicos, en el Parlamento, en tertulias, ensayos, debates, discursos y charlas, por todas partes se hablaba de crisis y decadencia. La crisis de valores se diagnosticó también en Europa, donde dicha idea fue tematizada tanto por Max Nordau, y quienes se erigieron en *guardianes de la civilización*, como por los modernistas. La expresividad intelectual y vital de estos últimos erosionó la creencia en el progreso y en los grandes correlatos socioculturales del siglo XIX; y puso también en evidencia el desfase entre el progreso material y espiritual de la sociedad decimonónica.

En el Chile post 91, se vivía en la élite una situación que contribuyó a la crisis y que legitimó la apropiación de esta idea. Una situación caracterizada en el plano político por la crisis del parlamentarismo y en el plano de la sociedad civil y de la élite, por el cohecho, la pérdida de espíritu cívico, la especulación, el juego y el afán de ostentación y dinero fácil. Alrededor de 1900, se generalizó entonces la idea de que el país venía decayendo desde la Guerra del Pacífico. Chile dejó de ser un programa o una causa y se convirtió en un problema. El tema de la crisis fue un revulsivo y, como tal, generó la expresión de las distintas corrientes intelectuales y culturales. Enrique Mac-Iver recogió los planteamientos e inquietudes del progresismo en su vertiente ilustrada positivista. El político radical, en un discurso que hizo época, abordó la crisis política refiriéndose al cohecho, a la descomposición de los partidos y a la corrupción administrativa en el aparato del Estado. Abordó también la crisis económica, la inestabilidad y baja del cambio y los papeles cumplidos por el salitre y el oro que resultaron a la postre –según él– «no fuente de energía sino de ocio y de deterioro social». Para Mac-Iver, sin embargo, tras estas crisis sectoriales había una más profunda que estaba en la raíz de las anteriores: la crisis moral de la República.

Desde el nacionalismo de cuño biológico y racial de Palacios y Encina al protodesarrollismo de Tancredo Pinochet, casi todos los pensadores que después de 1900 tocaron el tema de la crisis se abocaron al diseño de una nueva moral o de una nueva utopía que levantara e integrara el alma alicaída de la nación, integrando identitariamente en la figura del *roto* y del *huaso* a los sectores sociales emergentes. En la vertiente modernista surgió un discurso que enfatizó la contraposición espíritu-materia y que percibió la crisis como consecuencia de la falta de ideales espirituales y trascendentes de los sectores dominantes. Bernabé F. Anguita escribió en *El Mercurio* de Valparaíso (1898) lo siguiente: «un positivismo famélico corroe a la sociedad moderna en las postrimerías del presente siglo. El ansia loca por acaparar dinero para satisfacer con él los refinamientos de la vida contemporánea, y escanciar hasta las heces de todos los deleites parece ser la formula consagrada o el programa de acción en la época actual».

A raíz de la modernización y del nuevo escenario socioeconómico que emergió en el país se produjeron cambios importantes en la producción, circulación y consumo de bienes artísticos. El panorama de la cultura nacional varió completamente con respecto a lo que había sido hasta la Guerra del Pacífico. En efecto, desde la Independencia hasta la década de 1880, este panorama estuvo fuertemente signado por una constelación ilustrada de élite, por una cultura que si bien no fue homogénea, sí fue altamente selectiva; y estuvo, en la práctica, en términos de visibilidad y usufructo social, restringida a la aristocracia y al *vecindario decente*.

Es en este escenario de un nuevo Chile que se sitúan textos como *Juana Lucero* (1900) de Augusto D´Halmar, que inicialmente estaba destinada a ser la primera parte de una trilogía que llevaría por título *Los vicios de Chile*; también la narrativa de la crisis oligárquica, novelas como *Casa grande* (1908), de Orrego Luco, y *Tapete verde* (1910), de Francisco Hederra. Es en este contexto que florece un espacio comunicativo, en que los principales diarios y revistas (fue el caso de *Zig-Zag* a partir de 1905) posibilitan la subsistencia y profesionalización como escritores de sus colaboradores. Es en este contexto que florece la lira popular y aparecen entre los autores de modo creciente figuras mesocráticas y de tendencia popular, como fue el caso de Juan Rafael Allende. También, una diversidad de géneros en que está presente no solo la narrativa, sino también la poesía y un teatro costumbrista y social. Es en este contexto también que escritores ciudadanos, como fue el caso de Mariano Latorre, se vuelcan al campo, a un mundo rural que ya no es, como ocurría en las novelas decimonónicas, solo un espacio de vacaciones e idilios de la oligarquía, sino que va a ser recreado como sujeto y espacio de la chilenidad con claras connotaciones antimodernas. Es, por último, en este ámbito que se dan los debates del centenario y emergen libros críticos como *Sinceridad. Chile íntimo* (1910), de Alejandro Venegas.